

¿QUIÉN DIJO JESÚS QUE ERA ÉL?

Una vez asistí a la conferencia impartida por un renombrado investigador del Nuevo Testamento sobre el tema «¿Era Jesús Dios?». El auditorio estaba repleto de personas deseosas de escuchar las ideas de este gran hombre sobre un asunto tan crucial. Comenzó diciendo que, para responder a esta pregunta, primero tenemos que dejar de considerar todo lo que el evangelio de Juan dice, ya que Juan es el evangelio que resalta con más vehemencia la naturaleza divina de Jesús. A continuación, dijo, tenemos que descartar cualquier otra declaración u otros indicios presentes en todo el Nuevo Testamento que podrían apuntar a un Jesús divino, puesto que fueron, obviamente, invenciones de la iglesia primitiva y no provenían de Jesús mismo. Entonces, se le dijo al público, podemos preguntar: «¿Era Jesús Dios?». El orador podía llegar a una sola conclusión. A partir de tales presupuestos negativos y eliminando todas las evidencias en contra, naturalmente encontró la respuesta negativa que estaba buscando.

Uno de los principales problemas históricos que rodean a la persona de Jesús de Nazaret tiene que ver con Su propio sentido de identidad, a saber: ¿Quién dijo Él que era? Ahora bien, esta es una pregunta diferente a si era Él o no quien decía ser. Siempre han existido detractores que han afirmado que Él no era el Mesías de Israel, el Hijo de Dios, Dios en la carne. Las más recientes declaraciones en contra de que Jesús sea algo o todo lo anterior es una situación diferente. Ahora lo que se alega es que Él nunca *dijo* que desempeñara algunos de esos papeles y que no se vio a sí mismo de tal manera. ¿De dónde, pues, podría preguntarse usted, vienen nociones tales como las expresadas en los evangelios? La respuesta, se nos dice, es que son ideas que la iglesia más tarde llegó a *creer* eventualmente acerca de Jesús, escribiéndolas, por lo tanto, en los evangelios, para hacerlas parecer como si fueran también las afirmaciones de Jesús.

En otras palabras, según estos críticos, Jesús nunca hizo muchas de las cosas que en los evangelios Él afirma haber hecho y que nunca afirmó haber sido lo que el cristianismo más tarde hizo de Él.

Como todo lo demás con respecto a Jesús, los evangelios son nuestra principal fuente de información. Los que los rechazan como fiables deducen que no podemos saber casi nada acerca de Jesús. Naturalmente, esto lo deja expuesto a todo tipo de interpretaciones. Por lo general, los intérpretes que adoptan este método comienzan con una idea preconcebida acerca de quién era Jesús, y luego rebuscan en los evangelios para eliminar todo lo que no se ajusta al retrato que ya tienen de Él. Este fue el caso con el «Seminario sobre Jesús», un grupo que comenzó a investigar las enseñanzas de Jesús diciendo que ellos «libraban a Jesús» de la iglesia y de lo que esta había llegado a creer acerca de Él.¹ El «Jesús» que describen es muy diferente del que se enseña en el Nuevo Testamento.

Las personas siempre están propensas a ver la evidencia en dirección a lo que ya creen. Todos tenemos nuestras presuposiciones, y estas a menudo por consiguiente nos hacen aceptar o rechazar las evidencias. Si bien algunos afirman ser totalmente objetivos, lo tal es imposible. Todos tenemos nuestros propios puntos de vista, sobre todo cuando se trata de algo tan importante como la identidad de Jesús. Dado a que no podemos dejar de tener «presuposiciones», lo mejor que podemos hacer es ser sinceros en cuanto a nuestras presuposiciones, en lugar de alegar ser completamente objetivos y de hablar como si nuestro punto de vista de la

¹ R. W. Funk, *Honest to Jesus (Seamos sinceros con Jesús)* (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1996), 300. Hay un análisis de este enfoque en J. D. G. Dunn, *A New Perspective on Jesus: What the Quest for the Historical Jesus Missed (Una perspectiva nueva acerca de Jesús: Lo que no tomó en cuenta la búsqueda del Jesús histórico)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2005), 21–22.

evidencia no tuviera sus propios problemas.

Como lo aseveré anteriormente, acepto los evangelios como fuentes fiables de información en cuanto a Jesús, no únicamente por motivos de fe, sino también en lo que se refiere a la historia. Los que piensan de manera diferente tienen que presentar sus evidencias que muestren lo contrario. Una y otra vez, los evangelios han demostrado ser histórica y objetivamente correctos. ¿Por qué, entonces, debemos suponer que se equivocan en lo que dicen sobre las afirmaciones de Jesús? Sea que elijamos creer o no tales afirmaciones es tema aparte. Es importante entender que los datos históricos por sí mismos no pueden confirmar ni negar los argumentos espirituales. Permitámosle a la evidencia hablar por sí misma.

Por ejemplo, el modo en que Lucas comenzó su evangelio muestra que estaba escribiendo como un historiador concienzudo, alguien que había escudriñado la información que dispone y que ahora la presenta para beneficio de alguien llamado Teófilo. Escuche las palabras con las que empieza:

Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido (Lucas 1.1–4).

Lucas procedió luego comenzando su narración con una referencia histórica, diciendo: «Hubo en los días de Herodes, rey de Judea...» (vers.º 5). Recuerde el contexto histórico ofrecido en Lucas 3.1, 2. Su trabajo no es del tipo «había una vez» propio de las historietas.

Este prefacio que introduce el evangelio de Lucas es significativo en muchas maneras. Lucas había hecho su trabajo. Estaba consciente de «muchos» intentos por escribir la historia de Jesús. Sabemos que los había leído, ya que comparó su propia obra diciendo que era una narración «por orden». (¿Qué consideraba «desordenado» en la de los demás? No lo sabemos. No sabemos ni quienes eran los otros; evidentemente, no fueron Mateo, Marcos ni Juan, ya que el relato de Lucas se asemeja mucho a los de Mateo y Marcos, mientras que Juan, según el cálculo de la mayoría, no había sido escrito todavía.) Además, Lucas admitió con sinceridad no haber sido testigo de estas cosas, pero al parecer, había hablado con los que lo fueron. Dijo que los acontecimientos que estaba registrando «... lo enseñaron

los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra» (Lucas 1.2). Preste atención al propósito por el que Lucas asevera escribir: «... para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido» (Lucas 1.4; énfasis nuestro). Sea que Teófilo era ya un cristiano o no es incierto. Tenía algún conocimiento del cristianismo, sin embargo, Lucas, obviamente, pensaba que era en cierta forma inadecuado. Deseaba presentarle a Teófilo los hechos. Lucas claramente tenía como objetivo decirle *lo que sucedió* (vea Hechos 1.1). Cualquiera que cuestione lo anterior está obligado a presentar evidencias que prueben que Lucas estaba mintiendo o estaba equivocado.

Las mismas declaraciones podrían hacerse de los demás evangelios, aunque no declaren sus intenciones históricas tan claramente como lo hace Lucas. Ninguno de ellos cuenta la historia de Jesús en un vacío histórico. La iglesia primitiva los aceptaba como narraciones objetivas en cuanto a quién era Jesús y lo que hizo. Si vamos a descartar casi dos mil años de creencia cristiana consecuente en referencia a estos eventos, tenemos que ir más allá de simplemente alegar que nosotros somos objetivos (y omniscientes), a la vez que negamos que los escritores del Evangelio no lo son, esto es, personas que vivieron mucho más cerca de los eventos y que fueron testigos o tuvieron acceso a testigos oculares.

EL REY DE LOS JUDIOS Y EL REPRESENTANTE DEL VERDADERO ISRAEL

Algunas de las afirmaciones de Jesús no fueron verbales, sin embargo, son evidentes en cosas específicas que hizo con el fin de revelar Su identidad en relación con varias promesas del Antiguo Testamento. Las mismas pueden ser consideradas como «parábolas escénicas».

Por ejemplo, Marcos 3.13–19 menciona el nombramiento que Jesús hace de Sus doce apóstoles (aunque no se les llama así en Marcos 3). Los cuatro evangelios reconocen que Jesús tenía un círculo cercano de doce seguidores, además de muchos otros, y que pasó gran parte de Su ministerio público enseñando e instruyendo a estos hombres a fin de que asumieran el liderazgo una vez que ya no estuviera con ellos. ¿Se ha preguntado usted por qué nombró a *doce* hombres? ¿Por qué no a diez, veinte o cualquier otro número? Hechos 1.15–26 dice que después de la ascensión de Jesús al cielo, el resto de los discípulos (aproximadamente 120 personas) eligieron a Matías para reemplazar a Judas, que había desertado de su función apostólica. El número

«doce» se mantuvo intacto. Sin embargo, a medida que el resto de los doce originales comenzaron a morir (según se consta en Hechos 12.1, 2, con la muerte de Jacobo), *no* fueron reemplazados como lo fue Judas. Hay algo sobre el número doce que parece ser significativo.

Es evidente que Jesús nombrara a doce hombres para dirigir el nuevo pueblo de Dios (más tarde llamado la iglesia), así como la nación de Israel había sido encabezada por sus doce patriarcas (los doce hijos de Jacob), cada uno al frente de una tribu en particular. Evidentemente, Jesús consideraba que estaba creando un «Israel renovado»; por lo tanto, era necesario contar con doce líderes autorizados para ello. (Vea Apocalipsis 21.12–14 como confirmación de esta interpretación, también, tome nota de la importancia del número «doce» y sus múltiplos a lo largo de Apocalipsis como símbolo del pueblo de Dios.)

Si los doce apóstoles fueron designados por Jesús como los líderes del nuevo Israel, entonces Jesús se consideraba a sí mismo como el nuevo Rey de Israel. El hecho de que en efecto pensaba así se hace aún más evidente por la forma en que entró a Jerusalén por última vez. Mateo 21.1–5 dice que entró a la ciudad montado sobre un burro. ¡Esta sería difícilmente la forma en la que normalmente un rey entraría a su ciudad capital! ¿Qué estaba haciendo Jesús y por qué lo hacía? Mateo, al mencionar los preparativos precisos que Jesús había hecho para montar este animal en particular para entrar a Jerusalén, deja claro que no era más que un detalle fortuito. La razón se hace evidente cuando el texto es comparado con Zacarías 9.9, donde dice:

Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.

La elección de transporte que usa Jesús para entrar a la ciudad santa fue un cumplimiento consciente de esta profecía acerca del Rey de Israel que venía. Al entrar a la ciudad de esta manera, Jesús estaba afirmando ser ese Rey.

¿Dijo algo Jesús que confirmara esta descripción suya como Rey y representante nacional de Israel? Lea Marcos 10.42–45, donde dice:

Mas Jesús, llamándolos, les dijo, Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será

siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.

La última frase anterior indica que Jesús se consideraba el «Siervo sufrido» (que daría Su vida en rescate de los demás), del que se habla en los «cánticos del Siervo» de Isaías 42.1–4 y 52.13–53.12. Observe también Isaías 49.3, que dice: «Mi siervo eres, oh Israel, porque en ti me gloriaré». En este versículo, como mínimo, al «siervo» se le identifica como a la nación misma. En Marcos 10.45, Jesús asumió esa función. Afirmó no únicamente ser el Rey de Israel, sino también el representante del verdadero Israel.

EL MESÍAS

Como se indicó anteriormente, el término «mesías» proviene de una palabra hebrea que significa «el ungido». En el Antiguo Testamento, los reyes, los profetas y los jueces eran a menudo ungidos para prestar un servicio especial a Dios. Con el tiempo, surgió la creencia de que vendría un único Mesías, librando total y definitivamente a Israel de todas sus opresiones. La raíz de esta creencia se encuentra en 2º Samuel 7, que nos dice del deseo del rey David de construir una casa para Dios. Por medio del profeta Natán, Dios respondió que no tenía necesidad de que David le edificara una casa y que tampoco le había pedido una. Más bien, el Señor dijo que Él le construiría una casa a David. Dios no estaba hablando de una morada, sino de un linaje, una línea de descendientes (como cuando se habla de «la Casa de Windsor», que significa cierta línea de soberanos). Los descendientes se sentarían en el trono de Israel para siempre, comenzando con el «linaje» de David. Este «linaje» es además identificado no únicamente como el hijo de David, sino también como el Hijo de Dios. Dios dijo: «yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo» (2º Samuel 7.13, 14a). Ahora bien, todo ello simplemente podría haber estado hablando del heredero de David al trono, Salomón. A continuación, sin embargo, Dios comenzó a hablar de «para siempre». Algunas promesas hechas aquí no se cumplieron en el reinado de Salomón. Parecen apuntar a otra persona. Esta «otra persona» era el Mesías de Israel que venía. Durante los días más oscuros de la historia de Israel, el anhelo de que viniera un libertador seguía dando esperanza al pueblo de que Dios finalmente actuaría enviando al «Ungido» a redimir a Su pueblo.

¿Qué papel desempeña Jesús en todo lo anterior? En primer lugar, recuerde que Jesús es llamado «Je-

sucristo» repetidamente en el Nuevo Testamento. El término «Cristo» viene de la palabra griega *christos*, la cual equivale a la palabra hebrea para «mesías» («ungido»). Cuando los autores neotestamentarios hablan de Jesús como «Jesucristo», no estaban dándonos Su nombre y apellido. Su nombre es Jesús, y se le estaba reivindicado como el tan esperado Mesías de Israel.

En una ocasión muy importante, mencionada en Mateo 16.13–17, Jesús les preguntó a Sus discípulos acerca de quién pensaba la gente que era Él. «Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas», le respondieron. Ninguna de estas son identificaciones despectivas, sino que reflejan la alta estima que las personas le tenían a Jesús durante Su ministerio en Galilea. Tampoco constituían toda la verdad, así que Jesús insistió un poco más, diciendo: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (énfasis nuestro). Después de haber estado con ellos durante algún tiempo, ¿qué pensaban acerca de Él? ¿A qué conclusiones estaban llegando? Si bien es importante lo que los demás pensaban, naturalmente, era absolutamente fundamental lo que los apóstoles pensarán. Pedro habló por el grupo, diciendo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Los Doce habían llegado a la conclusión de que Jesús era, de hecho, el tan esperado Mesías de Israel. Jesús les respondió: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Observe que Jesús estuvo de acuerdo con la declaración de Pedro acerca de Su identidad y que, fiel a la promesa de Dios a David, se refirió a Dios como «mi Padre».

Igualmente importante es la ocasión en la que, cuando era interrogado por las autoridades judías, a Jesús se le preguntó directamente: «¿Eres tú el Cristo [Mesías]?». Los tres evangelios sinópticos registran esta pregunta o alguna variante de ella (Mateo 26.63, 64; Marcos 14.61, 62; Lucas 22.67–71). En Mateo, la respuesta de Jesús es «Tú lo has dicho». Marcos dice «Yo soy», y Lucas dice «Vosotros decís que lo soy». Ahora bien, a nosotros no nos parece que todas sean la misma respuesta, sin embargo en cada caso, las autoridades judías consideraron que Jesús respondió afirmativamente. Las diferencias se deben probablemente al hecho de que Jesús hablaba arameo; cada autor del evangelio parafraseó en griego. Tal vez Jesús estaba admitiendo Su identidad, sin embargo, fue deliberadamente vago acerca de Su respuesta, ya que sabía que lo que quería decir Él con ello no era lo que ellos querían decir. La pregunta de ellos probablemente significaba algo así como «¿Afirma usted ser el libertador político

y militar que hemos estado esperando?». Jesús estuvo de hecho afirmando ser el Prometido, pero en un sentido diferente; liberaría a Su pueblo de su mayor enemigo, esto es, el pecado; y sin el aparato del poderío real o militar.

Otro reconocimiento obvio de mesianismo ocurre en Lucas 4.16–21. Jesús estaba en la sinagoga de Su pueblo natal de Nazaret. Cuando llegó el momento para la lectura de un pasaje de los profetas, Jesús se levantó a leer. Le fue entregado el rollo de Isaías y Jesús lo abrió para leerlo:

El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová (Isaías 61.1, 2a).

Este texto era considerado por los judíos como una profecía de la era venidera del Mesías. Lo que pasó a continuación cambió el matiz del evento, pues dice: «Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros» (Lucas 4.21). En otras palabras, Jesús estaba afirmando que la Era Mesiánica había comenzado consigo mismo, que en realidad Él era el anunciado en la profecía; el Espíritu del Señor Dios estaba sobre Él y Él era el que predicaría las buenas nuevas a los pobres.

EL HIJO DEL HOMBRE

Aún no hemos mencionado los textos en los que el mismo Jesús afirmó abiertamente ser el Mesías, aunque hemos visto que pensaba de sí mismo de esa manera. De acuerdo a los sinópticos, Jesús prefirió llamarse a sí mismo el «Hijo del Hombre». Este era un título que era un tanto ambiguo. Referirse a alguien como el «hijo de» algo era una manera típica de los hebreos para indicar el carácter de esa persona. Por ejemplo, a Judas se le llama el «hijo de perdición» (Juan 17.12), porque estaba condenado por traicionar a Jesús. Uno de los compañeros del apóstol Pablo era un hombre llamado Bernabé, que significa «hijo de consolación» (Hechos 4.36), evidentemente porque era una persona muy alentadora para Pablo, así como para los demás. «Hijo del Hombre» podría significar simplemente «como hombre» o «ser humano». Podríamos no ir más allá, sin embargo, Daniel 7.13, 14 sugiere que no deberíamos. Daniel se refirió a una visión en la que vio a «uno como un hijo de hombre»:

Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca

pasará, y su reino uno que no será destruido.

En el texto anterior, «hijo de hombre» no significa simplemente «ser humano». Debido a esto, algunos judíos creían que «Hijo del Hombre» fue otro título para el Mesías. Cuando Jesús se llamó a sí mismo «Hijo del hombre», probablemente hizo que la gente se preguntara lo que quería decir exactamente. Esto parece ser lo que deseaba Jesús. Fue un título que sugiere la posibilidad de mesianismo sin hacer tal afirmación tan atrevidamente.

¿Por qué simplemente no decía «Yo soy el Mesías»? Tenía una razón muy buena. En el judaísmo del siglo primero figuraban muchas ideas acerca de lo que el Mesías sería y haría. La mayoría se centraban en la idea de un líder militarista que derrocaría a Roma y restablecería a Israel como una entidad política. Sería realmente «el hijo de David» en el sentido de ser un gran rey guerrero, al igual que David lo había sido. Si Jesús hubiera utilizado un idioma abiertamente mesiánico para sí mismo, o si hubiera animado a otros a hacerlo, las repercusiones políticas habrían sido extremas. Prefirió evitar tal escenario. Los judíos que estaban descontentos y desesperados estaban dispuestos a seguir casi a cualquiera que afirmara ser el Mesías, sin embargo, Jesús no tenía ningún interés en iniciar una revuelta. El tal no era el propósito de Su misión. Además, no quería que Sus discípulos usaran este tipo de terminología por lo menos hasta que entendieran lo que Él quería decir con ello. En Mateo 16.20, 21, justo después de que Pedro identificara correctamente a Jesús como el Mesías, leemos: «Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijese que él era Jesús el Cristo». ¿Por qué? Debido a que todavía no comprendían el verdadero significado de la misión mesiánica o el tipo de Mesías que había llegado a ser. A continuación, leemos: «Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día». Era mejor que no le llamaran Mesías hasta que entendieran que este Mesías había de sufrir y morir, no conquistar ni matar.

Todo lo anterior encaja muy bien con lo que sabemos de las expectativas políticas y mesiánicas de los judíos de la época de Jesús. Es evidente que Jesús se creía el Mesías; afirmó serlo de manera indirecta, aunque prefería llamarse a sí mismo «Hijo del Hombre».

EL HIJO DE DIOS

Cuando Pedro respondió a la pregunta de Jesús

en Mateo 16.16, su respuesta se compuso de dos partes: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Del mismo modo, el sumo sacerdote en el «enjuiciamiento judío» de Jesús, le dijo: «Te conjuro [...] que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios» (Mateo 26.63). En cada caso, Jesús le contestó de una manera que afirmó tanto Su naturaleza mesiánica como Su condición de Hijo.

Volvamos un poco más atrás, a Mateo 11.25–27, donde dice:

En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.

Jesús llamó a Dios «mi Padre» y afirmó ser el revelador exclusivo de Dios. Juan 5.16–18 es un pasaje que se relaciona con lo anterior. Jesús acababa de sanar a un hombre cojo y estaba siendo perseguido por las autoridades judías por trabajar (es decir, curar) en el día de reposo. Jesús respondió a esta acusación, declarando: «Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo». Esta es otra reivindicación de Su condición de Hijo para con Dios. Aún más revelador es lo que sigue:

Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, *haciéndose igual a Dios* (vers.º 18; énfasis nuestro).

Las autoridades judías entendieron que al Jesús afirmar ser Hijo de Dios daba a entender ser «igual a Dios». Más tarde, Jesús hizo esta sorprendente declaración: «Yo y el Padre uno somos» (Juan 10.30). Aunque esta no constituya, como a veces se piensa, un argumento de que Jesús y Dios son el mismo ser, es un argumento en cuanto a que están en el mismo nivel y son uno en propósito, esto es, que lo que es cierto de uno es cierto del otro.

Jesús afirmó ser el Hijo de Dios. ¿Qué significa exactamente? La expresión «Jesús es el Hijo de Dios» es una de las confesiones más comunes de la fe cristiana, sin embargo, ¿se ha detenido usted a preguntar qué nos dice esta frase? Sobre todo, ¿qué quiso decir Jesús con ella?

En primer lugar, indica una relación única entre Jesús y Dios. En un sentido general, a las personas e incluso a los ángeles a veces se les llama «hijos de Dios» en la Biblia; sin embargo, Jesús, obviamente,

estaba diciendo más que eso. De lo contrario, Sus rivales no habrían estado tan molestos con Él. Juan 3.16 dice: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». La palabra griega que se traduce como «unigénito» (μονογενής, *monogenes*) significa algo así como «único», «uno y el único». Al llamarse a sí mismo «Hijo de Dios», Jesús afirmó tener una relación única con Dios.

En segundo lugar, la frase «Hijo de Dios» sugiere como mínimo estar al mismo nivel de Dios. Este hecho es evidente tanto de lo que se desprende de las propias palabras de Jesús («Yo y el Padre somos uno») como también de la reacción de los que le oían, (y percibieron que estaba «haciéndose igual a Dios»). La pretensión en cuanto a Su condición de Hijo es prácticamente una reivindicación de Divinidad misma. Jesús no estaba diciendo, «Estoy cerca de Dios». Más bien, parece haber estado diciendo: «Dios y yo somos de la misma esencia, somos uno». Esto explica por qué Jesús dijo que tenía autoridad para perdonar pecados (Marcos 2.5–7), también la razón por la que indicó que todo el mundo un día estaría de pie delante de Él en el juicio (vea Mateo 7.22, 23) y por qué exigió total lealtad a Él (Mateo 10.32, 33).

En tercer lugar, la declaración de Jesús en cuanto a ser el Hijo de Dios (vea Mateo 10.32, 33; Lucas 10.22) indica una identificación consciente de sí mismo con el prometido «hijo de David» del que se habla en 2º Samuel 7, cuando Dios prometió construirle a David una «casa». Dios también había dicho: «Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo» (2º Samuel 7.14). Pretender ser el Hijo de Dios coincide con pretender ser el Mesías.²

OTROS INDICIOS DE CÓMO JESÚS SE IDENTIFICABA A SÍ MISMO

Jesús dijo ser el Mesías de Israel, el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios. ¿Qué más dijo que nos ayude a comprender mejor quién creía Él que era?

Una peculiaridad de las enseñanzas de Jesús, según lo narra el evangelio de Juan (5.19, 25; 6.26, 47, 53; 8.34, 58) es la manera como comenzó algunos de Sus enseñanzas profundas con las palabras «De cierto, de cierto os digo» (otras traducciones dice: «En verdad, en verdad os digo»). Estas palabras

² Hay un resumen estadístico de los diversos títulos usados para referirse a Jesús en el Nuevo Testamento en Craig Evans, *Fabricating Jesus: How Modern Scholars Distort the Gospels (Cómo fabricar a Jesús: La manera como los investigadores modernos distorsionan los evangelios)* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2006), 191–93.

indican una declaración hecha con gran autoridad, una que se garantiza con el carácter del hablante mismo. Sugieren que Jesús consideró que Sus enseñanzas eran capaces de probar por sí mismas que eran auténticas. No tuvo que citar a otros; simplemente «se citaba a sí mismo». Si Jesús no era quien dijo que era, entonces fue un hombre de extraordinaria arrogancia.

Otra sorprendente pretensión de Jesús es la que está en Lucas 6.1–5. Jesús y Sus discípulos pasaban por un sembrado en el día de reposo. Los discípulos tuvieron hambre, así que arrancaron y comieron algunas espigas de trigo. De acuerdo con los fariseos, que se consideraban los guardianes de la Ley, tal acto era «trabajar». Criticaron a Jesús y a Sus seguidores. Jesús respondió a la crítica de ellos haciéndoles notar dos aspectos. 1) Señaló que no conocían muy bien las Escrituras, porque en el Antiguo Testamento, David y sus hombres también habían hecho algo «indebido» en el santuario de Nob. Cuando David huía del rey Saúl, comió de «los panes de la proposición», panes sagrados que se mantenían como una ofrenda a Dios. Este evento constituyó un buen precedente para «quebrantar» las leyes del día de reposo, cuando así lo requirieran las necesidades humanas. 2) Jesús dijo algo que tuvo que haber sonado como una blasfemia en sus oídos, a saber: «El Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo». En otras palabras, Jesús estaba diciendo que tenía autoridad sobre una de las instituciones más sagradas de Israel. Dado que el día de reposo era una institución divina establecida por Dios mismo, ello equivalía a una reivindicación inequívoca de deidad.

Del mismo modo, las acciones de Jesús al «limpiar» el templo (otra «parábola escénica») fueron esencialmente una reivindicación de autoridad sobre el mismo. Jesús no estaba limpiando la casa sagrada con el fin de seguir usándola ni mejorar su uso, sino que estaba pronunciando un juicio divino del sistema que la misma representaba. No es de extrañar que los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos preguntaran: «Dinos: ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿o quién es el que te ha dado esta autoridad?» (Lucas 20.2). Únicamente alguien que creía que estaba actuando bajo la autoridad de Dios se atrevería a hacer tal cosa.

Consideremos un último ejemplo. En Juan 8, los judíos insultaron a Jesús al acusarlo de tener demonio y de ser samaritano (8.48), y Él los acusó a ellos de actuar con la actitud de su padre el diablo. Por último, basaron su defensa en la relación que ellos tenían con, según dijeron, «nuestro padre Abraham» (8.53). Jesús respondió: «Abraham vuestro padre se

gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó» (8.56). Esto dio lugar a una pregunta que hicieron con asombro: «¿Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?». Entonces Jesús dijo algo que los hizo recoger piedras con la intención de darle muerte, a saber: «De cierto, de cierto [En verdad, en verdad] os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy» (8.58). Tenemos que hacer dos observaciones importantes: 1) Jesús afirmaba haber existido incluso antes de Abraham, prácticamente afirmando ser Deidad. 2) Terminó Su frase con las palabras *ego eimi*: «Yo soy». Para cualquier judío que conociera las Escrituras, estas palabras eran un recordatorio de lo que Dios le dijo a Moisés delante la zarza ardiente (Éxodo 3). Cuando Moisés le pidió al Señor que le dijera quién lo enviaba a exigir que Faraón liberara a los israelitas, Dios respondió: «Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros». «Yo soy»

se convirtió en el nombre pactal con el cual Dios era conocido por Su pueblo. ¡No es de extrañar que los judíos estaban pensando en lapidar a Jesús cuando dijo: «Yo soy»! O bien era una profunda verdad o era una total blasfemia.

CONCLUSIÓN

«¿Quién dijo Jesús que era Él?» podría parecer una pregunta simple, sin embargo, la respuesta que le corresponde es muy compleja. Jesús consideraba que era el Mesías de Israel, el apocalíptico Hijo del Hombre y el Hijo de Dios. Incluso los que no creen que estas declaraciones acerca de Él sean verdad deben reconocer, sobre la base de la evidencia, que esto es lo que Él afirmó de sí mismo. Entonces, tenemos que hacerle frente a la pregunta que les hizo a Sus discípulos hace mucho tiempo, a saber: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mateo 16.15). ■

Autor: Tommy South
©Copyright 2008, 2010, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados